

causa de que su hermano de vd. Francisco Picaluga muriese en un patíbulo.

—¡Silencio!—dijo Duval mirando con recelo hácia todas partes:—que no sepan que llevo ese apellido.

—No tenga vd. cuidado: respeto el pacto que hicimos al asociarnos.

—No hay que olvidarlo, pues; y marchad á disponer para que desaparezca de la lista de los vivientes ese D. Felipe que puede denunciarnos.

—Parto al momento: adios.

—Adios.

Y Willey desapareció, mientras Duval se quedó pensativo y receloso en medio de la pieza.

CAPITULO XXII.

Una escena sangrienta.

—Tenia vd. razon, D. Félix:—decia paseándose por el almacen D. Felipe Flan la misma noche en que Duval y el doctor habian resuelto su muerte.—Duval es un monedero falso; un infame que ha enriquecido defraudando al público. Cien pesos he partido sacándolos de distintas talegas, y todos tienen el alma de cobre.

—Es preciso—dijo Félix—denunciar este escandaloso hecho á la justicia ahora mismo, para que sea aprehendido antes de que llegue á traslucir la menor cosa.

—No; porque eso seria condenarle á perecer en un cadalso; y aunque me ha enga-

ñado, aunque ha abusado de mi confianza y ha hecho traicion á mi amistad, no trato ni de perderle ni de perjudicarlo, sino de que repare en lo posible el daño que ha causado, comprometiéndose á responder á las reclamaciones que á mí se me dirijan.

—Muy noble, muy digno del hidalgo corazón de vd. es ese rasgo; pero no creo que Duval corresponda jamas á esa generosidad: por el contrario, temo que abusando de ella, continúe explotando con otros esa mina, ya que con vd. le es imposible, siendo vd., sin intentarlo, cómplice en los males que sobrevengan á las personas que por su causa se arruinen.

—Pero denunciarle tambien, seria convertirse uno en verdugo.

—Cortar un miembro gangrenado para que se salve el resto del cuerpo, es un deber de conciencia.

Flan se quedó meditando sobre las observaciones que acababa de hacerle su dependiente. Buscaba en su imaginacion otras que oponer y que pudieran conciliar su no-

ble anhelo con el bien general, y no encontraba ninguna que satisficiera su deseo.

Conocia, por otra parte, que si el delito se llegaba á saber por una de aquellas circunstancias que Dios prepara para castigar al malvado, le creerian cómplice de Duval, y sufriria, como él, la deshonra y tal vez una afrentosa muerte.

Este pensamiento le hizo estremecer.

Callar era comprometer su buen nombre y su vida.

Descubrir la verdad, era sentenciar á muerte á un hombre.

Lo primero le estremecia; lo segundo repugnaba á los nobles sentimientos de su humano corazón.

Inquieto, y fluctuando entre estos dos polos de encontradas ideas, no acertaba qué partido tomar.

—¡No sé qué hacer!—exclamó por fin.— Conozco que lo mas en armonía con la justicia, seria abrazar el parecer de vd., pero....

—Señor, nadie como vd., sabe que ante la imperiosa voz de la justicia debe enmudecer todo otro sentimiento.

—Sin duda.

—Pues bien, toda consideracion con el hombre que ha hollado los mas sagrados deberes, seria contrario al bien de la sociedad: la tranquilidad y el respeto que á ésta debemos consagrar, nos ordenan que pongamos en conocimiento de la autoridad lo que pasa, y el fallo de la justicia le releva á vd. de toda responsabilidad.

—Conozco que debo acatar los principios rectos basados en el bien procomunal: mas diré: estoy resuelto á arrancar la careta al hipócrita que comercia con la buena fe del hombre honrado; pero no quiero que sea en esta noche, dejémoslo para mañana.

—¡Para mañana!

Dijo poco satisfecho Félix.

—¿No le parece á vd. bien?

—¿Y si mañana fuese tarde?

—¡Tarde! ¿y por qué?

—¿Qué sé yo!

—Nadie sabe este secreto mas que nosotros dos, y ninguno, por lo mismo podrá revelárselo á Duval.

—Sea como vd. quiere; pero yo no esperaria á mañana.

—¿Qué importan algunas horas mas ó menos?

—El tiempo que se deja libre á un criminal es de peligro para el honrado ciudadano, blanco de sus asechanzas.

—Vamos, D. Félix, deje vd. que por hoy duerma tranquilo ese hombre, y arreglemos estos papeles para ir á descansar, pues ya es la media noche.

Y Flan y su fiel dependiente, se pusieron á ordenar algunas cuentas y cartas que estaban sobre el escritorio.

El buen corazon del primero habia, pues, triunfado; pero D. Félix decia muy bien: el menor retardo en la denuncia podia serles perjudicial, como en efecto lo era.

En aquel mismo momento en que el generoso D. Felipe buscaba los medios de no perjudicar á un malvado, el doctor, aprovechándose de la confusion del baile á que habia asistido, y ayudado de una escala de cuerda, habia subido á la azotea: desde allí habia arrojado un gran trozo de carne al

enorme perro que cuidaba la de la casa de Flan, y poco despues descendia, sin hacer ruido y sin ser visto, al sitio en que debia perpetrar un crimen.

Todo estaba en silencio.

El formidable mastin dormia profundamente, gracias al narcótico que habia tomado en la carne.

La oscuridad era completa y favorecia al criminal.

El doctor, al descolgarse, quedó un instante quieto y receloso, mirando á todas partes con sobresalto.

Llevaba un traje oscuro para confundirse en las sombras, y sus piés los llevaba calzados con zapatos de goma para no hacer ruido.

Despues de haber observado en silencio y convencerse de que nadie le veia, se dirijió sobre las puntas de los piés, agachado y conteniendo la respiracion, hácia un cuarto que él estaba seguro ser la alcoba de su anhelada víctima, segun las señas recibidas de Duval.

Al llegar á la puerta, miró atentamente

por la cerradura de la llave para ver si algo descubria; aplicó despues el oido, y permaneció así un rato: en seguida levantó el picaporte con mucho tiento, empujó la puerta con suavidad, y brilló en sus ojos la alegría al encontrarla abierta.

Receloso entonces, sacó un puñal, abrió lo preciso únicamente la puerta; deslizó por ella el cuerpo; penetró en el cuarto; volvió á cerrar la puerta, y conteniendo la respiracion y caminando sobre las puntas de los piés, avanzaba poco á poco hácia el lecho, llevando extendido el brazo izquierdo para ir tocando los objetos, y levantado el derecho, armado del puñal, para descargar el golpe.

Demudado por el pavor natural que se apodera del hombre por valiente que sea al ir á cometer un crimen; abriendo cuanto le era posible los ojos, creyendo que de esta manera conseguiria ver en la oscuridad lo que buscaba; pálido y desencajado el rostro, avanzaba paso á paso y se detenia con frecuencia para escuchar la respiracion del sér que se proponia sacrificar.

De repente tocó la mano de su brazo izquierdo que, como hemos dicho, lo llevaba tendido, con el lecho que buscaba.

Al creer llegado el instante de cometer el asesinato, se estremeció, dominado por el temor de errar el golpe, dando lugar á que el acometido se defendiese.

Cauto por este pensamiento, fué llevando poco á poco la mano, y vió con sorpresa que el lecho estaba vacío.

Entonces temió haber equivocado el cuarto.

Sin embargo, las señas correspondían perfectamente con las que le había dado Duval.

¿Estaría equivocado éste?

Willey se disponía á salir al corredor para cerciorarse.

Pero el ruido de voces de dos personas que se acercaban, le hizo permanecer quieto.

Aplicó el oído y dijo para sí.

—¡Estoy perdido! Son D. Felipe y su dependiente los que llegan.

Sobresaltado con aquel contratiempo, no

sabía qué partido tomar, si presentarse á ellos fingiendo un negocio de Duval, ó tomar la fuga aun á riesgo de que le conociesen.

Ambas cosas podían comprometerle.

¿Qué hacer? Las voces se oían cada vez más cerca.

Los pasos sonaron en el corredor.

Ya no era tiempo de huir ni de presentarse.

Flan y Félix estaban ya á corta distancia del cuarto.

Iban á verle.

Pero en aquel momento precisamente en que se creyó perdido, vino á iluminar su pensamiento una idea inspirada por el genio del mal.

Podía esconderse debajo del lecho y arrancar la vida á su víctima cuando se retirase el dependiente.

El doctor obedeció á esta inspiración satánica, y se ocultó debajo del lecho, cuando D. Felipe abría la puerta del cuarto, bien ageno de pensar que en él le esperaba un hombre que atentaba á su existencia.

—¡Va vd. ya tranquilo, D. Félix?

Dijo D. Felipe sacando un fósforo y encendiendo una vela de esperma que estaba en una mesita junto á la cabecera de la cama.

—Todo lo contrario; estoy tan receloso, que creo no he de poder dormir ni un solo instante.

—Consulte vd. con la razon, y ella le hará á vd. ver que no hay motivo para negarse al descanso.

—Eso es cuando se trata de individuos poco ofensivos; pero cuando hay que hárselas con hombres sagaces y osados, entonces, en vez de á la razon, ocurriria yo á la prudencia, á todo lo que puede suceder por inverosímil que parezca.

—Eso seria llevar el recelo hasta la exageracion.

—Confieso mi debilidad.

—Vamos, bájese vd. á su cuarto á dormir, y mañana daremos los pasos convenientes á nuestro asunto.

—Como vd. guste: Adios; buenas noches.

—Buenas noches, D. Félix.

El leal dependiente se alejó inquieto y pensativo: D. Felipe cerró la puerta de su cuarto, se acercó á la mesa, y creyéndose solo, se puso á rezar de rodillas como tenia de costumbre antes de acostarse, ante una imágen del Crucificado.

El doctor sintió impulsos de salir y arrojarse sobre él sin darle tiempo para defenderse.

La ocasion era oportuna.

Don Felipe estaba de espaldas á Willey, y éste podia herirle libremente.

El doctor empuñó con fuerza el puñal, y acarició su aguda punta sonriendo horriblemente.

Flan, sin sospechar que estaba tan cerca de la muerte, seguia sus oraciones.

Willey, se arrastró por el suelo como una culebra para no hacer ruido, asomó la cabeza, y armado de la terrible arma, se dispuso á salir para asesinarle alevosamente.

Don Felipe hizo un movimiento para ponerse en pié.

Willey creyó haber sido sentido, y preparó el puñal, resuelto á salir y matarle á todo trance.

Pero el señor Flan no habia escuchado nada: habia acabado sus oraciones, y se ponía en pié sin volver la vista al sitio en que estaba el asesino.

Este, al comprender que no habia sido descubierto, volvió á esconderse debajo de la cama, aplazando la muerte de su anhelada víctima para el momento en que estuviere entregado á un profundo sueño.

Tomada esta resolucion, que juzgó la mas prudente, procuró contener cuanto le era posible la respiracion, y esperó inquieto el momento deseado.

Don Felipe, despues de leer algunas páginas del Kempis que tenia sobre la mesa, se desnudó, se metió en el lecho, tranquilo con su conciencia, apagó la luz, y poco despues se encontraba entregado á un dulce y profundo sueño.

Willey se sonrió con satisfaccion.

Nada tenia ya qué temer.

Los criados de la casa tenian retiradas sus habitaciones de aquel sitio, y ademas, descansaban sin recelo.

El momento, pues, era oportuno.

—¡Ya duerme!—dijo para sí el doctor.—
¡Es preciso que despierte en la eternidad!
Y salió arrastrándose y sin hacer el mas ligero ruido.

Entonces levantó la cabeza, aplicó el oido para escuchar hácia qué lado salia la respiracion de Flan; se puso en pié; buscó luego con la mano el lado del corazon de aquel honrado comerciante, levantó el brazo derecho, armado del agudo puñal, y poseido de una furia satánica, descargó el terrible golpe sobre la víctima, que solo lanzó un ahogado grito al sentir el frio del hierro matador traspasar su ardiente corazon.

El doctor, temiendo que á aquel grito acudieran los sirvientes y D. Félix, se lanzó á la puerta, dió dos vueltas á la llave; abrió precipitadamente, y sin quitar el puñal que habia clavado en el pecho de D. Felipe, se avalanzó á la escala que habia dejado puesta; subió por ella á la azotea en

el instante en que el formidable mastin volvia de su profundo sueño; pero sin fuerza aún para moverse ni para ladrar; de allí pasó á la de la casa en que era el baile, y poco despues entró en la sala con la mayor tranquilidad, sin que nadie hubiese notado su falta.

Al grito lanzado por D. Felipe, acudió D. Félix, que aun no se desnudaba, y que estaba en su cuarto arreglando algunos papeles; penetró en el aposento de su principal que estaba á oscuras; le preguntó qué se le ofrecia, y viendo que no le respondia, encendió la vela, y al acercarse al lecho, descubrió el horrible espectáculo de un asesinato.

Don Félix se arrojó sobre el ensangrentado cuerpo de su principal; le arrancó el puñal que tenia clavado en el corazon, arrojó al suelo el arma enrojecida; abrazó el cuerpo de la víctima para ver si aun alentaba... ¡pero le encontró frio y sin vida.....!

Horrorizado y conmovido, empezó á dar voces llamando á los criados, que acudieron al lugar de la sangrienta escena.

Corrió, acompañado de algunos, á la azotea para ver si por allí habia penetrado el asesino; pero no encontró señal ninguna que indicase el paso de ningun hombre, y ademas, el mastin que estaba vigilante, servia de apoyo á borrar toda sospecha.

Inquieto, y no sabiendo qué juicio formar, mandó que se registrase toda la casa, y envió entre tanto á uno de los criados á dar parte á la justicia del triste acontecimiento, para que sin pérdida de tiempo acudiese la autoridad y tomase razon de aquel horrendo asesinato.